

Tomada razón

PRIMERA
CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SR.

Licenciado D. José M^a Armas

TERCER OBISPO DE TULANCINGO

DIRIGE

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

En el mismo día de su solemne consagración

VERIFICADA

EL 15 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO

EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE ZACATECAS



BX874
.A7
P7
C.1

MÉXICO

EN LA TIENDA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON,

Calle del Coliseo Viejo núm. 24

1891

M. D. y V. Cabildo de León

aria

826

28



1080027563

PRIMERA
CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SR.

Licenciado D. José María Armas

TERCER OBISPO DE TULANCINGO

DIRIGE

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

En el mismo día de su solemne consagración

VERIFICADA

EL 15 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO

EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE ZACATECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

MÉXICO

IMPRESA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON,
Calle del Coliseo Viejo número 24.

1891



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41028



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOS EL LICENCIADO D. JOSÉ MARÍA
ARMAS, POR LA MISERICORDIA DE DIOS
NUESTRO SEÑOR Y GRACIA DE LA SANTA
SEDE APOSTÓLICA, TERCER OBISPO DE TU-
LANCINGO:

A NUESTRO M. I. SR. ARCEDIANO Y V. CABILDO, AL VENERA-
BLE CLERO SECULAR Y REGULAR Y A LOS FIELES TODOS
DE LA DIOCESIS: SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESU-
CRISTO.

In verbo autem tuo laxabo rete.

LUC. V. v. 5º

Comprendemos perfectamente, venerables hermanos
y amados hijos nuestros, que á todos vosotros, con más
ó menos oportunidad, habrá llegado la noticia de nues-
tra preconización para Obispo de esa ya nuestra muy
amada Diócesis; pero si todo lo sabéis, si grande ha sido
vuestro deseo, si muchas vuestras oraciones porque lle-
gara el término de la dilatada orfandad á que Dios Nues-
tro Señor se ha dignado sujetaros, cumple á nuestro de-
ber, saludandoos por la primera vez en Nuestro Señor
Jesucristo, como á nuestros muy amados y queridísimos
hijos que formáis desde ahora la preciosa viña que el
Pastor eterno, en sus misericordias, se digna entregar-
nos para su cultivo y especial cuidado; cumple á nues-

003826

tro deber, repetimos, comunicaros oficialmente por esta nuestra primera Carta, cómo es verdad que el Supremo Jerarca de la Iglesia, sin mérito de nuestra parte, se ha dignado fijar sus ojos en nuestra humilde persona, para que coadyuvemos con él, representante de la Iglesia Universal, en la parte que nos designa, declarándolo así en consistorio público celebrado el día 4 de Junio anterior.

Aun no lo olvidaréis, venerables hermanos y amados hijos nuestros. Desde aquel momento en que la mano del Señor se dignó tocaros arrancando de vuestro seno, en sus inexcrutables designios, á nuestro santo y sabio predecesor el Illmo. y Rmo. Sr. D. Agustín de J. Torres, que por algunos años, no sin graves dificultades, supo conducirnos por el recto sendero que tiene por término la eterna felicidad; natural es creer, como lo indicamos al principio, que estuvierais ansiosos, y que en humildes y fervorosas plegarias os habréis dirigido constantemente al Señor de las misericordias y Dios de todo consuelo por la cesación de esa orfandad, no sin dirigir vuestras miradas al Vaticano, como esperando de un momento á otro que el Vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo, pronunciara sobre tan importante negocio su última palabra. Pasaban los momentos, los días y meses, creciendo vuestra ansiedad; pero al fin, sonó la hora deseada en la carrera del tiempo, y aquella triste situación ha dejado ya de ser.

Sí, venerables hermanos y amados hijos nuestros: ya no estáis huérfanos; y en lo que mira á este punto vuestros deseos quedan perfectamente satisfechos. Pero ¿seremos nosotros el elegido del Señor para llevar la paz á vuestros corazones y hacer que prospere y fructifique la preciosa viña que se nos encomienda? Temblamos sólo

al pensarlo, fijando seriamente la atención en la inmensa responsabilidad que Dios Nuestro Señor hace cargar sobre nuestros débiles hombros: temblamos, sí; *quoniam judicium durissimum his, qui praesunt, fiet.*—SAP. VI, 6^o Temblamos; y esa carga que se nos impone nos humilla y nos abate hasta el polvo; carga que aumenta en su peso por la altísima cuanto inmerecida dignidad que nos confiere; pero si temblamos, si humildes confesamos esa nuestra insuficiencia, que bien conoce el Señor, no por eso desesperamos jamás de que puedan ser útiles, y aun fructuosas á vosotros, las tareas que vamos á emprender en nombre de Aquél que nos alienta y conforta; y en verdad que, desde el momento en que con certeza pudimos saber que éramos designados para tan importante cargo, nos pareció como escuchar la voz del Señor, y humildes, respetuosos y llenos de confianza, pudimos decirle como el joven Samuel: *Loquere Domine, quia audit servus tuus.*—REG. I, cap. 3^o v. 10.

Confiados y puestos humildemente en las manos de Dios Nuestro Señor que todo lo puede, no nos acusaréis de presuntuosos y temerarios si nos prometemos hacer algo en vuestro favor, como antes hemos dicho, pues si bien es cierto que dando una mirada sobre nuestro pasado, encontramos que en mejores años y cuando disfrutábamos, por la misericordia del Señor, de salud y energía para trabajar con fruto en la dilatada carrera de nuestro ministerio sacerdotal, poco ó nada hemos alcanzado en favor de las almas, y esto por nuestra propia indignidad; nos permitiréis que para robustecer aquella nuestra confianza, os llevemos como de la mano hasta las playas del Tiberiades, y contemplemos allí á los humildes pescadores de que nos habla el Evangelio, tris-

tes, abatidos y casi desengañados de la inutilidad de sus fatigas: ellos, por toda una noche, tiraron sus redes en distintas direcciones sin alcanzar la pesca apetecida, y ya resueltos á abandonar tan ímproba tarea, se encuentran frente á frente con el Salvador del mundo á quien llamaban el Maestro, que, grande siempre en sus misericordias, y llegada que fué la hora de dar cumplimiento á la voluntad de su Eterno Padre, sentando la piedra fundamental en que debía descansar el grandioso edificio de la Iglesia, dirigió sus ojos llenos de dulzura y benignidad á aquel que era designado para regirla; toma posesión de su barquilla, é infundiéndole en el corazón cuanto confianza era necesaria, manda á su elegido tirar de nuevo la red, y ya inspirado por el espíritu de Dios, el humilde pescador dice al Señor: *Praeceptor, per totam noctem laborantes, nihil cépimus: in verbo autem tuo laxabo rete.*—Luc. V, 5º Y la pesca, venerables hermanos y amados hijos nuestros, como lo sabéis, fué tan abundante y atrajo sobre los humildes pescadores una sorpresa tal, que no pudieron menos que estimar el resultado como efecto de una obra sobrenatural. *Nolite timere*, dijo Nuestro Señor Jesucristo al afligido Simón: nada temáis, que de aquí en adelante serás pescador de hombres. ¿Y quiénes eran Simón y Andrés, y quiénes los hijos del Zebedeo, que juntos todos se fatigaban inútilmente, y, sin embargo, pudieron ver realizada, para ellos, la obra grandiosa que procedía de las manos del Señor? Bien lo sabéis; eran humildes y sencillos pescadores á quienes abrumaba la gracia, y que por esto mismo se consideraron fuertes y resueltos para seguir á su Maestro, abandonándolo todo:—*Et... relictis omnibus secuti sunt eum.*—Luc. V.

Grandioso es en verdad el pasaje en que nos venimos ocupando; y comprendemos perfectamente que en él se explican los medios extraordinarios de qué se valía el Salvador para dar principio á una obra que tenía que durar hasta la consumación de los siglos. No confundimos, ni presumimos creer que esas operaciones sobrenaturales hayan de efectuarse en nosotros al emprender nuestras humildes tareas; pero si el Señor en sus misericordias se ha dignado fijar, como queremos creerlo, en nuestra humilde persona, para encomendarnos el cuidado y cultivo de una parte tan escogida de su grey, ¿nos dejará solos y abandonados á nuestras propias, escasas y bien miserables fuerzas? ¿No se cumplirá en nosotros la divina palabra con que, dirigiéndose á los pastores de su pueblo, les ha dicho: Yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que *vayais y llevéis fruto, y que permanezca vuestro fruto?* ¿Seríamos tan desgraciados que al pesar sobre nuestros hombros tan tremenda cuanto delicada carga, fuera esto para nuestra ruina y ruina de vuestras almas? No, no lo esperamos así de su caridad, porque si dóciles hemos escuchado su voz, nos ayudará, no lo dudéis, con todos aquellos auxilios de su divina gracia que sean necesarios para el cumplimiento de tan sagrados deberes, toda vez que vamos á trabajar, y trabajaremos por la gloria y honor de su divino nombre. Y ya lo experimentamos así; ya sentimos en nosotros algo desconocido que nos dice que somos otro hombre; algo que nos indica una transformación, desde el momento en que, colocados bajo el amparo siempre fuerte de la Santísima Virgen, y puestos á los pies del venerable Pontífice que con tanto acierto dirige los destinos de esta Iglesia, fueron unguidas nues-

tra cabeza y nuestras manos, y en nombre de Dios recibimos el cayado del pastor. Ya nos sentimos con fuerzas para emprender la lucha y trabajar con ahinco en todo aquello que pueda venir en bien de vuestras almas, y ya, por último, sentimos que el Señor está con nosotros, y que su misericordia, como lo esperamos, nos seguirá hasta el fin.

Decíamos, venerables hermanos y amados hijos nuestros, que desde el momento de nuestra consagración sentimos algo nuevo que transformaba nuestro ser, y en verdad—lo decimos para gloria de Dios y nuestra propia confusión—que si al recibir la noticia en que se nos aseguraba estar formalmente confirmada nuestra elección para tan importante cargo, temblamos, y nuestro corazón se llenó de amargura hasta la cobardía; hoy que hemos puesto el cuello á la coyunda, que ya no nos pertenecemos en ningún sentido, y sí sólo á la Esposa querida que nos entrega el Supremo Pastor de las almas, como lo esperamos, para velar por su honor y por su integridad, dejamos de ser pusilámines; la cobardía ha huído de nuestro corazón, y resueltos estamos á sacrificarlo todo, y sufrirlo todo, predicando á Nuestro Señor Jesucristo para gloria de su Eterno Padre y bien de las ovejas que nos están encomendadas; y en esos consuelos, y en esa resolución que realmente sentimos, muy ajenos á nuestra propia miseria, vemos cumplida la palabra de Nuestro Señor Jesucristo que nos dice por el Apóstol: *Y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios para confundir las fuertes.*—AD. COR. I, 27.—¡Cuán grande es Dios en todas sus obras, y cómo reverentes y abatidos hasta el polvo debemos acatarlas!

No se nos oculta, ciertamente, cuántos sean los esco-

llos y cuántas las dificultades con que habremos de tropezar en nuestro camino, si se tiene en cuenta que de muchos años á esta parte, y por un especial castigo de Dios Nuestro Señor, que bien merecemos, la Iglesia en nuestra querida patria, viene librando la gran batalla á que la han provocado gratuitos enemigos; pero enemigos arteros que so pretexto de civilización y progreso, trabajan sin cesar por destruir, si posible fuera, aquellos preciosos vínculos que ligan con atadura de hierro á los pueblos para con el Supremo Hacedor, privándolos así del más grande bien que tienen en posesión, cual es el de la religión Católica, Apostólica, Romana que profesan con ahinco y profesaron sus padres; fuente única de las más dulces y deliciosas esperanzas de una sociedad que se agita, sin sucumbir, en el oleaje impuro de todos los errores, de todos los crímenes y de todas las asechanzas. ¿Y quién no conoce á ciencia cierta, azotado por la tempestad, el origen de esas convulsiones sociales, que así parecen sacar de quicio á todo un pueblo, que por más de tres siglos ha vivido lleno de gloria y llevado triunfante en nuestra querida patria el estandarte de la Cruz? Pero si la tempestad truena; si el humo del combate oscurece nuestros campos; si los errores antiguos y ya bien pulverizados, se nos presentan ahora con tanto aplomo como productos natos de una civilización moderna, esforzándose á cada paso por ocupar el puesto de la verdad; y en estas circunstancias somos llamados por Dios para el gobierno y salvación de nuestras almas, no retrocederemos, no, en medio del peligro; estaremos á vuestro lado gozando ó suspirando juntos; pero siempre confiados en que el Piloto Supremo que dirige la nave, extenderá á su tiempo la potente mano